

**Eduardo HIGUERAS CASTAÑEDA, *Con los Borbones, jamás. Biografía de Manuel Ruiz Zorrilla (1833-1895)*, Madrid, Marcial Pons, 2016. 450 pp. ISBN: 9788415963844**

Que un personaje con los atributos de Manuel Ruiz Zorrilla haya tardado tanto tiempo en contar con una biografía política realizada por un historiador académico y no por quienes, con toda legitimidad, se consideraban sus herederos y vindicadores en el campo de las batallas por la democracia, da cuenta de las limitaciones que presentó la historiografía contemporánea española hasta hace pocos años. Estoy sumándome a las usuales, y ya un tanto revenidas, lamentaciones sobre el descuido o la relegación de la biografía. El vacío que, en concreto, afectaba a Ruiz Zorrilla ha sido cubierto, recientemente y en un contexto de inequívoca recuperación del susodicho género, por Eduardo Higuera Castañeda. Nada paradójicamente Higuera no se ha encontrado solo en su interés por el progresista nacido en Burgo de Osma en el año 1833. Sus labores han coincidido con las aproximaciones de otros autores que, mediante una tarea ajustada a las reglas del trabajo científico, han dado cuenta de aspectos parciales o globales de una presencia que recorre medio siglo de la vida política española. El autor ha establecido, en todo momento, un diálogo fecundo con dichas aportaciones.

El pertinente punto de arranque (teórico) de las interrogaciones que se formula Higuera lo constituye una negativa axiomática que verbalizó con su proverbial prosopopeya el Ruiz Zorrilla que se hallaba en el tramo último de su vida pública. Ese ¡Jamás! que sostiene con reiterado énfasis en 1883 el veterano político soriano cierra la posibilidad de colaboración con los Borbones y con la monarquía. Había habido otros *jamases*. Como en el caso del que nos ocupa, se trató de auténticos momentos de inflexión en las trayectorias políticas de eminentes liberales ubicados en el campo del progresismo. Este espacio progresista era, como recordó no hace mucho Javier Moreno Luzón en un trabajo colectivo que contenía un conjunto de biografías de progresistas, el que se situaba entre los polos extremos de la reacción y de la revolución social. Se trató, a lo largo de todo el Ochocientos del terreno de juego de quienes aspiraban a ajustar los ritmos de la política y la sociedad españolas a los de las transformaciones más ambiciosas, por avanzadas en la ampliación del campo político, por burguesas en la consideración de la propiedad privada como un derecho inalienable, que se registraban en Europa. Ruiz Zorrilla fue, de entre los más eximios integrantes de la tradición progresista entendida de esta manera, el primero que llegó de manera irreversible a usar el susodicho adverbio exclamativo –el jamás– para liquidar la posibilidad de una nueva cooperación con la monarquía realmente existente.

El desprendimiento no fue en absoluto fácil y no lo fue, primero, por las querencias para con la eficacia política que, frente a republicanos y no digamos ya los específicamente

federales, alentaban la presencia pública de los progresistas. Romper con la monarquía quería decir situarse en los márgenes de lo posible en términos convencionales, en la revolución situada más allá de la asonada militar y de la participación popular subordinada de por medio. El apartamiento fue arduo por un segundo motivo: en el progresismo y concretamente en el corpus ideológico de Ruiz Zorrilla la monarquía –no necesariamente la borbónica– funcionaba como epítome de la nación. Dicho de otra manera, ese *jamás* dolía, al mismo tiempo que paradójicamente se hacía, por patriotismo. Para todo progresista consciente en la acción política cabía cualquier cosa menos poner en riesgo la permanencia, y el éxito, de la nación.

La patria era la geografía de la libertad. Lo que entendía Ruiz Zorrilla por libertad respondía, como con notable finura nos desvela Higuera, a los contenidos exactos que le atribuía el liberalismo democrático en España y en la Europa de nuestro entorno: su defensa del parlamentarismo y de las virtudes de una democracia representativa sostenida sobre un marco de libertades de opinión, reunión, manifestación, religiosa... se combinaba con un imprescriptible amparo de la propiedad entendida como factor de creación de riqueza, de modernidad y, en suma, de progreso a la manera como era concebida por la burguesía y las clases medias ilustradas. Era eso lo que pasaba a estar en riesgo con la ausencia de la monarquía.

El punto de arranque estrictamente biográfico es convencional. La aproximación a Ruiz Zorrilla empieza con una precisa caracterización social del medio familiar y local. Nacido en el seno de una familia de comerciantes que, procedente del cántabro Valle del Pas, se había desplegado en sus diversas ramas por distintas comarcas (pronto enmarcadas en varias provincias) del norte castellano, el medio parental resultó ser, en ajustada fórmula de Higuera, “un ejemplo paradigmático de los reajustes de una antigua familia de hidalgos al nuevo marco de la sociedad de clases”. El tránsito social tenía lugar en tiempos de mudanza política y el recién bachiller en Jurisprudencia Ruiz Zorrilla se incorpora a la Milicia Nacional, genuina escuela de ciudadanía en la España de 1854, en un medio nada fácil. Una cosa era ser Nacional, por ejemplo, en la Barcelona o el Madrid de esos años y otra, muy distinta, sumarse a la Milicia en un ambiente inequívocamente hostil como el de la comarca soriana. En cualquier caso, la revolución, sus posibilidades y limitaciones, se encuentran en el arranque del compromiso cívico. También los costes, dado el cierre abrupto y prematuro del Bienio Progresista y sus contingencias.

Los años siguientes serán idóneos, siempre lo eran en estos casos si el progresista no había tenido que partir al exilio, para concentrar las energías en el ámbito de lo más privado. Las estrategias matrimoniales –en las que los amores se combinan, en la medida que les dejan, con los patrimonios– o el mundo de los negocios centran el interés de Ruiz Zorrilla, sin que llegue, no obstante, a despreocuparse de las cuestiones políticas. Las clases medias bregan, en la España de los decenios centrales del XIX, en ambos terrenos de juego. En realidad, es un único terreno de juego. Al fin y al cabo, el progresismo puro así como la democracia, tal y como recuerda Higuera, deben hacer frente al doble quehacer de abrirse paso en el orden socioeconómico y de delinear las exigencias de un programa político que contiene el riesgo de promover expectativas sociales no deseadas. La autonomía del individuo, la propiedad, la soberanía nacional, la democracia serán pilares de una visión del mundo que se concreta en un programa político que cuaja, lentamente, en la prensa y en las tertulias, en una esfera pública en la que Ruiz Zorrilla se sumerge sin abandonar, ni mucho menos, el ámbito de la empresa, de la familia, de lo privado. Higuera explora, en mi opinión de manera modélica, una interacción de la que resulta, en última instancia, una realidad en absoluto unidimensional: el parlamento y la diversificación de las inversiones no es que sean compatibles, es que constituyen diversas caras de un mismo universo en expansión.

Probablemente, el óbice que el lector pueda poner a la obra de Higuera, a esas alturas, sea el hecho de que en algún momento se registren saltos temporales en la narración. Con toda seguridad debidos a problemas con las fuentes y a la menor trascendencia explicativa de esos meses, o años, en la trayectoria vital de quien empezaba a convertirse en un genuino líder nacional. El segundo de los capítulos, una vez superado ese leve inconveniente, deviene fundamental en el conjunto de la obra y se constituye en obligada referencia para la comprensión de los tortuosos caminos que llevaron a los progresistas a protagonizar en primera línea el proceso revolucionario que acabaría, creían ellos que definitivamente, con el reinado de Isabel II y con la presencia de los Borbones en España. Exilio y democratización, partido, ejército y pueblo pasan a ser experiencias y sujetos colectivos que se entrelazan y enmarcan la actividad política de Ruiz Zorrilla, y en su persona, la del progresismo abierto a la transición hacia nuevos y más ambiciosos objetivos de transformación política.

El triunfo de la revolución, en 1868, abre las puertas de la patria al emigrado político y el retorno, siempre que se haga al lado de una figura del carisma de Juan Prim, se constituye en una experiencia vital sin parangón. El viaje, que culmina en un encargo ministerial, en Fomento, modela y transfigura. Abrir el país a la modernización capitalista mediante un ambicioso plan de infraestructuras u orear la conciencia ciudadana sustrayéndola a los efectos embrutecedores de la hegemonía católica son planos de realización concreta para quien había desarrollado su labor desde fuera de los espacios de decisión real sobre los destinos del país. También lo será su apuesta, y desengaño último por razón de la deriva sagastina, por la monarquía democrática –la de un trono sometido a la soberanía de la nación– como posibilidad. En todo caso, y no es un dato en absoluto menor, los cometidos enumerados, y otros tan decisivos como el de la reformulación de las relaciones metropolitanas con los restos coloniales antillanos del imperio, se procuran llevar a cabo con eficacia –un rasgo escasamente republicano–, en un contexto problemático (coyuntura recesiva, alteraciones del orden público, guerras civiles y coloniales) y, lo que sí acabará formando parte de la lectura del quehacer de los repúblicos patrios con probidad. O por decirlo con la cita de Miguel Morayta usada por Higuera: “Un coro de alabanzas se oyó cuando apenas posesionado del poder, se suprimieron los coches de muchos funcionarios, e igualmente al ordenar, dando ejemplo, que los ministerios comenzaran sus tareas en las primeras horas de la mañana y que estuvieran cerrados por la noche”.

La última caída del caballo en su particular camino de la república la vivió Ruiz Zorrilla en 1873. La lenta forja del radicalismo –manifestación ideológica y cultural de adecuación del progresismo a la democracia, tanto en sus aspectos doctrinales como en los organizativos– es evaluada por el autor con un análisis fino de los grandes problemas de la modernización de la nación, de la participación popular en la toma de decisiones, de los instrumentos con los que dotarse para hacer todo ello factible.

Los años de la Restauración están, en línea con el tono general de la obra, tratados con rigor y creatividad. El papel de Ruiz Zorrilla en la conformación de un republicanismo reformista, de clases medias, abierto a los elementos populares, nada temeroso de los riesgos potenciales de la democracia, que no renunciaba al asociacionismo militar y a la revolución como método, entendida esta de una manera muy ochocentista, queda en evidencia. Lo hace en colaboración/competencia con otra gran figura de ese género de republicanismo –el que personificaba, con tintes más academicistas y/o filosóficos Nicolás Salmerón– y neutralizando la omnipresencia del federalismo. O, lo que no es un ejercicio en absoluto menor, e historiográficamente muy necesario, ajustando a este último, y para el último cuarto del siglo antepasado, a unos términos mucho más precisos.

El exilio, con sus retornos; las soledades, interrumpidas por homenajes; los quebrantos y las cenas multitudinarias, las candidaturas y los trabajos conspirativos; el contacto con un

progresismo señor, burgués y tertuliano; la fascinación vivida por otro mucho más castizo, tabernario y de barricada serán ahora el telón de fondo que encuadra a ese león enjaulado que asoma con toda su fuerza, y con toda su impotencia, en lo político y en lo personal, en el tramo final del libro. En este lector queda la duda de si ese lado más *humano*, mostrado en plenitud en esas páginas finales, no hubiese sido también feraz de haberse explorado de manera continuada en capítulos anteriores de lo que ha acabado siendo una magnífica biografía política.

Ángel DUARTE MONTSERRAT  
Universitat de Girona  
Angel.Duarte@udg.edu